

autor estudia también el caso de los Tesalonicenses (pp. 35-38), el episodio de la Iglesia de Galacia (49-52), el caso de Alejandro e Himeneo (52-53) —referentes estos dos últimos a cuestiones de fe—, así como los consejos que San Pablo da a Tito y a Timoteo (54-57).

También en el Apóstol San Juan (pp. 62-66) se muestra la misma enérgica actitud para combatir el comportamiento delictivo. Concluye aquí el autor con estas palabras: “Una vez más es la defensa de la comunidad amenazada en sus derechos fundamentales... lo que obliga a la autoridad legítima a llegar hasta la sanción más extrema para conseguir un resultado eficaz” (p. 66).

Esta es la conclusión a que llega también el autor tras un análisis detenido y bien perfilado de la *Didaché* (83-96), de San Clemente Romano (96-110), de San Ignacio de Antioquía (110-137), de San Policarpo de Esmirna (137-147), de la Epístola de Bernabé (148-151) y del Pastor de Hermas (151-163).

Es realmente significativo —el autor dice es “sintomática coincidencia” (p. 16)— que los Apóstoles San Juan y San Pablo y San Ignacio de Antioquía, que bien pudieran tomarse como las figuras más *carismáticas* de esta época “sean precisamente quienes de forma más tajante y repetida recurrieran a la excomunión como único instrumento eficaz de la unidad de la Iglesia contra quienes intentaban destruirla o dañarla”.

Estimo que esta obra, además de su mérito intrínseco en el campo de la historia y de la fundamentación teológica del Derecho Penal Canónico, puede prestar un valioso servicio en el momento actual de la Iglesia.

La edición está bien cuidada.

J. POLO

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Escritos de Catequesis*, Eds. Rialp. Madrid 1975, 350 págs. + índices.

Con una presentación y notas de José Ignacio Saranyana, Profesor de la Universidad de Navarra, han sido publicados, en un único volumen, cinco de los más conocidos *opúsculos* —nombre con el que se designa una obra de corta extensión— de

Santo Tomás. Como se nos explica en la presentación, los cuatro primeros son los sermones que Santo Tomás predicó durante la Cuaresma del año 1273 en Nápoles. Tomados por sus discípulos y quizá corregidos, han quedado como auténticas obras del Maestro. Son, respectivamente, los comentarios al Símbolo de los Apóstoles o Credo, al Padrenuestro y Ave María y a los diez Mandamientos. El último opúsculo que compone el volumen es el comentario a los artículos de la fe —es decir, al Credo— y a los Sacramentos de la Iglesia, obra ésta anterior —ya que data de 1263 o 1265— y escrita expresamente como contestación a una petición que el Arzobispo de Palermo hizo a Santo Tomás. En esta edición colaboran también Antonio Aranda, Jesús Sancho, Augusto Sarmiento y Luis Alonso, todos profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Quizá algún lector se pregunte por las razones que hayan aconsejado unir estas cinco breves obras de Santo Tomás y darles el título: *Escritos de catequesis*. La respuesta es sencilla: las cinco obras componen un estupendo y sencillo catecismo, ya que en él se estudian los temas clásicos de cualquier catequesis: el Credo, la oración —Padrenuestro y Ave María—, los Mandamientos y los Sacramentos, como se prueba por los catecismos que nos han llegado, que contienen prácticamente todos, aunque a veces variando el orden, la misma temática. Santo Tomás sigue, pues, la tradición de los Padres y escritores eclesiásticos. Desde los primeros siglos, la catequesis de la Iglesia —la enseñanza de sus verdades de la Fe—, consistía fundamentalmente en explicar a los fieles el Credo, el Padrenuestro, la Moral (Mandamientos y los Sacramentos). Fruto de tal actividad docente son, por ejemplo, las 24 *catequesis* de San Cirilo de Jerusalén (PG 33, 331 ss.), la *Oratio catechetica magna* de San Gregorio de Nisa (PG 45, 9 ss.), el *De Mysteriis* (PL 16, 389 ss.) de San Ambrosio y el *De Sacramentis* (PL 16, 417 ss.) del Pseudo Ambrosio; las *Duae catecheses ad illuminandos* (PL 49, 223 ss.) y las *Ocho catechesis baptismuales* (recientemente descubiertas) de San Juan Crisóstomo; el *Commentarium in Symbolum Apostolorum* (PL 22, 337 ss.) de Rufino de Aquileya; y las numerosas obras de San Agustín sobre el tema, entre las que podemos destacar: *In traditione et redditione Symboli* (PL 38, 1.058 ss.), *Sermones ad competentes* (PL 38, 377 ss.), *De catechizandis rudibus* (PL

40, 309 ss.), *De Symbolo: Sermo ad Catechumenos* (PL 38, 1.058 ss.), y *De utilitate credendi* (PL 42, 84 ss.).

El libro que reseñamos no es sin embargo un “catecismo” en el sentido popular del término, es decir, un breve compendio de preguntas y respuestas sobre la fe cristiana. Aquí la doctrina se ofrece en forma expositiva, con la profundidad especulativa propia de su autor, pero con un estilo —especialmente en los cuatro primeros opúsculos— bastante distinto al de las demás obras del Aquinatense. De hecho, estos comentarios son auténticas obras maestras de la predicación y catequesis, porque podemos destacar en ellas ejemplos muy vivos; sencillas e ilustrativas comparaciones; ideas repetidas una y otra vez, reiterativamente, para que quedaran bien grabadas en sus oyentes; breves resúmenes introductorios y conclusivos, en los que se destacan los puntos más importantes; ilación de la doctrina con la vida cristiana, señalando continuamente aplicaciones para la vida práctica, etc. Por todo ello, la lectura de esta obra resulta amena y sugerente, muy actual, y particularmente práctica para la vida cristiana.

Varias cosas sorprenderán al lector. En primer lugar la densidad y abundancia de doctrina, nada extraña en todo autor que ha alcanzado en la doctrina cristiana una gran profundidad —y en este punto el Magisterio de la Iglesia ha señalado a Santo Tomás como modelo—: las citas constantes de la Sagrada Escritura, las referencias a herejías y errores doctrinales, las referencias a los Padres de la Iglesia y autoridades clásicas, el apoyo en el Magisterio de la Iglesia, los argumentos más variados para probar o esclarecer una verdad, etc., son la tónica dominante a lo largo de esas obras.

Señalaría, en segundo lugar, la claridad con que el Angélico sabe exponer las distintas verdades. No debemos olvidar que en el año 1273, cuando predicaba esos sermones cuaresmales, Santo Tomás estaba empeñado de lleno en terminar su obra más conocida y alabada: la “Suma Teológica” que redactó, como él mismo afirma en el Prólogo, “para tratar aquellas cosas que pertenecen a la Religión Cristiana, de tal manera que fuera asequible a todos los que quisieren iniciarse en esos temas”.

La preocupación pedagógica se advierte en todos los escritos del Maestro dominico, pero me parece que en estos opúsculos que presentamos se patentiza de manera muy espe-

cial. Sus sermones se dirigían al pueblo napolitano que en masa —según nos narran las crónicas de la época— acudía a escucharle, pueblo quizá inculto y poco letrado en las ciencias sagradas. De ahí el esfuerzo que seguramente desarrolló Santo Tomás para hacer clara y asequible su predicación.

Sin embargo, y ésta podría ser una tercera característica, el Angélico ofrece la doctrina completa, sin mutilaciones ni falsas acomodaciones, y sus oyentes, sin duda, la entendieron perfectamente. Adaptar la verdad a los escuchas —cosa absolutamente necesaria— no significa nunca falsear o disminuir las verdades, como quizá a veces se ha dicho y practicado. En esto Santo Tomás nos da de nuevo ejemplo y su actuación podría servir de modelo para todos los que se dedican a la tarea, tan importante, de la catequesis, que es la transmisión viva del tesoro de nuestra fe cristiana.

Querría señalar, por último, que en la base de toda la ciencia y erudición tomista palpita algo más que el lector de este libro advertirá en seguida: la santidad del que habla. Efectivamente, pocos meses después, el 7 de marzo de 1274, Santo Tomás moría en la Abadía de Fossanova, a mitad de camino entre Roma y Nápoles, y pocos años después, en 1324, era canonizado. La predicación de Santo Tomás no fue simplemente la predicación de un sabio, de alguien que domina perfectamente el tema. Hablaba un hombre con una profunda vida interior, que dejaba traslucir en sus escritos, no sólo un conocimiento proverbial de la doctrina cristiana, sino una vida no menos intensa de la misma. Y esto siempre se transparenta. Santo Tomás intenta convencer, no sólo a la inteligencia, sino a toda la persona. Trata de sembrar en las almas de sus oyentes la doctrina de Jesucristo, para arrastrarlas a que la vivan plenamente.

Por todo lo dicho, pienso que esta obra será muy útil para todo el que quiera profundizar en la doctrina y la vida cristiana y sin duda deberá ser un libro para la lectura y meditación, de modo especial por todos aquellos que se dedican, dentro de la Iglesia, al ministerio de la Palabra: catequistas, predicadores y teólogos, a fin de que obtengan de estos *Escritos*, no sólo citas eruditas y ejemplos significativos, sino la forma de hacerlo: con hondura, sencillez y convencimiento de que se predica lo que se vive.

En el capítulo de las notas eruditas que el editor ha sem-

brado a lo largo de los cinco opúsculos, merecen especial mención las indicaciones de carácter histórico-crítico y las referencias al Magisterio de la Iglesia. Como sugerencia para una segunda edición, quisiera señalar que la nota 31 de la página 313 contiene una precisión histórica incorrecta. El Arabe Arabs) aludido por Santo Tomás, no es Averroes, como supone el editor, sino probablemente Arator (Aratus), como puede probarse leyendo II CG 79, lugar en que el Angélico cita textualmente el *De ecclesiasticis dogmatibus* de Genadio de Marsella († 490), y consultando después la obra del marsellés en la versión que empleó directamente el dominico. Debe tratarse, a mi entender, de un error del copista que ha pasado a la tradición manuscrita, tanto de la *Contra Gentiles* como del *De articulis fidei*.

Jaime PUJOL BALCELLS

B. NEUNHEUSER, *Bautismo y Confirmación*, Col. *Historia de los dogmas*, dirigida por M. Schmaus, J. R. Geiselmann, A. Grillmaier, t. IV, trad. F. Mendoza Ruiz (BAC, Madrid 1974).

Dentro de la colección "Historia de los dogmas" la editorial BAC nos ofrece un nuevo cuaderno dedicado al Bautismo y Confirmación. Su autor, B. Neunheuser, sintetiza la doctrina sobre estos dos sacramentos a través de toda la historia de la teología.

La doctrina bíblica sobre el bautismo responde al principio asentado por el autor: "Su carácter revelado no excluye naturalmente que cada autor, de acuerdo con sus características peculiares y con sus objetivos propios, reproduzca, más o menos desarrollada, una misma verdad en forma y lenguaje conceptual diversos, bajo puntos de vista siempre nuevos" (p. 2). Con este presupuesto, estudiará la doctrina revelada en los Evangelios, Hechos de los Apóstoles y Cartas. Las palabras a Nicodemo sobre el renacimiento, que "fueron referidas, sin duda, por el mismo Jesús relativamente pronto" (p. 2), representan el núcleo de ideas primario, conocido por todos los predicadores de la Buena Nueva. En estas mismas palabras se encuentra la clara distinción entre el bautismo de Juan y del Señor conferido en el Espíritu Santo (Mc. 1, 8).